

Voltaire y la religión

DURANTE la mayor parte de su juventud careció Voltaire de influencias tonificantes que dieran a su vida un gran ideal y una sana inspiración. No tuvo Voltaire en su niñez ese ejemplo que siguen los hombres que nacen en períodos de gran virtud individual y colectiva. Antes por el contrario—social y religiosamente hablando—la Francia de este tiempo atraviesa por una gran época de decadencia. La política encastillada y rígida que proclama el derecho divino de los reyes; la justicia civil en manos de individuos corrompidos y faltos de patriotismo, los privilegios excesivos de que disfrutaban las clases aristocráticas, el gemido largo y torturante de las clases bajas, el libertinaje desmedido de la clase intelectual, las disputas permanentes entre las diferentes sectas religiosas y el relajamiento moral de la iglesia fueron las impresiones que hirieron su delicada sensibilidad infantil. Pero en estos períodos de decadencia política y social queda en muchos pueblos la influencia decisiva del hogar, la escuela más apropiada para la formación de los nuevos ciudadanos. Puede un ciudadano mentir y cometer toda clase de abusos en su vida pública y sin embargo, jamás se

atreverá a iniciar a sus hijos en la escuela del vicio. Puede un Juez dejarse sobornar, puede dictar sentencias injustas, y sin embargo, en sus relaciones familiares será un hombre modelo, porque en el seno de la familia es donde los hombres, libres de las presiones del ambiente y deseosos de crear aquello que ellos no pudieron ser, se purifican y se vuelven idealistas. ¿Qué hijo se atreverá a negar la verdad ante la mirada dulce de los ojos maternos? ¿Qué milagros no podrá hacer la voz autoritaria y noble de un padre? La madre de Voltaire murió cuando el niño tenía pocos años y su padre, notario prominente, jamás fué para él una influencia de importancia. ¡Y he aquí el niño que despierta a la vida consciente en medio de circunstancias adversas! Introducido por su padrino, el Abate Chateaufort, en un ambiente

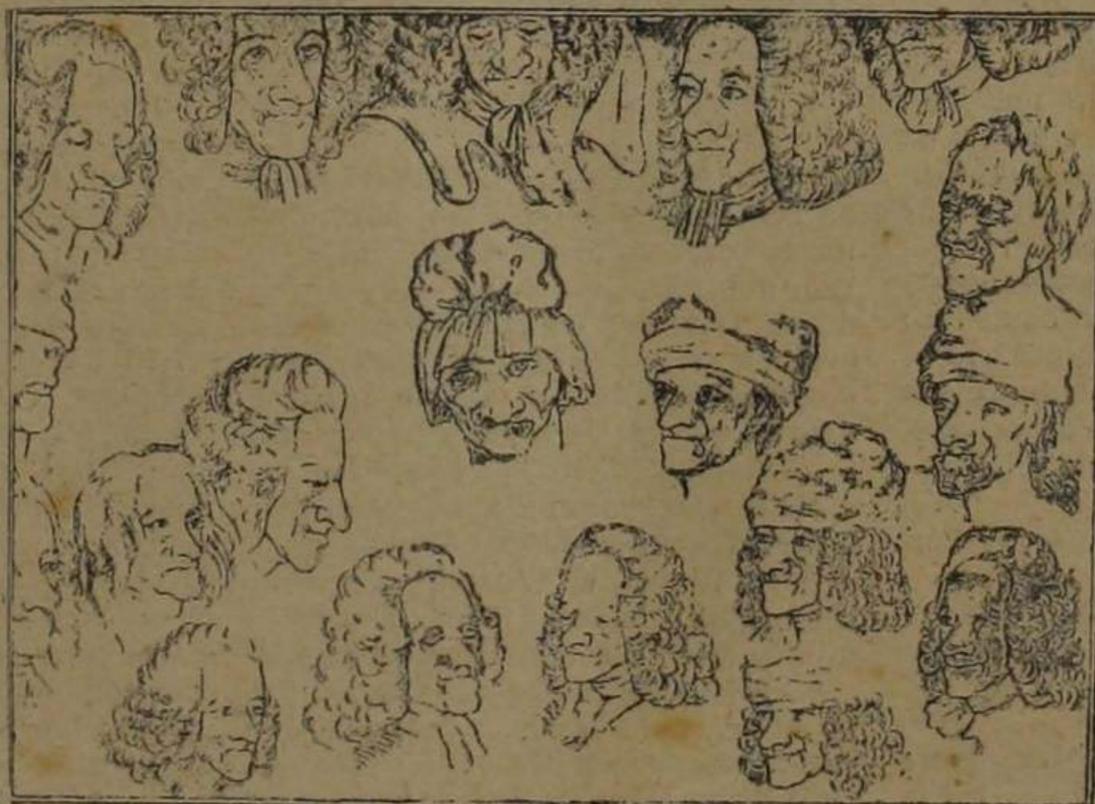
literario, Voltaire se encontró de la noche a la mañana, entre gente de mundo y libertinos. Ninon de Lenclos le extendió su mano de cortesana para guiarlo por las sendas del mundo y fué en sus salones que el niño recibió sus primeras lecciones en la complicada ciencia de la vida francesa de aquel tiempo. Y Mme. Lenclos no sólo le dispensó su amistad y su benevolencia sino que después de presentar a Voltaire a los más distinguidos hombres de letras de su tiempo, le dejó al morir una buena cantidad de dinero destinado a la compra de libros. Ninon

cia en la vida de Voltaire fué su viaje a Inglaterra. Allí recibió la influencia directa de los deístas ingleses, en especial de Locke y de Bolingbroke. Su corazón de libertario se estremeció ante el profundo contraste entre la libertad de pensamiento de los ingleses y la ortodoxia de los franceses y se declaró partidario decidido de los primeros. Más tarde esa actitud se iba a fortalecer en sus relaciones con Federico y Catalina. De manera que las últimas señales de su fe pura y cristiana iban a desaparecer en esta nueva sociedad analítica y práctica a que se incorporó.

En este tiempo se había hecho cosa corriente el ataque a la religión a causa de los libros que como la «Histoire des oracles» de Fontenelle y el «Diccionario histórico y crítico» de Bayle habían proclamado el triunfo del análisis científico. De esta manera el ambiente era propicio y el racionalismo de Descartes y la Enciclopedia encontraron en Voltaire un discípulo atento y apasionado.

Es sumamente difícil llegar a definir o aún a comprender el sentimiento religioso de Voltaire. Su Diccionario filosófico está lleno de aparentes contradicciones. A veces nos da explicaciones muy acertadas de su concepción de la fe, y otras olvidándose de lo que nos ha dicho, analiza racionalmente esta fe y la destruye en su totalidad. Así

cuando escribe: «Jesucristo hizo milagros en Galilea; por consiguiente nosotros debemos creer todo lo que dijo. Para saber lo que dijo, consultamos a la iglesia, debemos por consiguiente escuchar a la iglesia, debemos someterle nuestra razón, no con una credulidad ciega e infantil, sino con una dócil fe que la razón misma podría autorizar». Sin embargo, todo esto no va más allá del buen propósito cristiano y Voltaire reacciona para escribir de una manera muy distinta. Voltaire rechazó el dogma de la Trinidad a causa de que «la razón no podía probarlo»; pero él debió haber comprendido que la razón podía fácilmente justificarlo. Muchas veces en sus escritos se burla de los sacramentos, de una manera que no hace honor a su sentimiento cristiano. Y muy conocido es aquello de que cuando



VOLTAIRE, por HUBERT

Estudios de expresión sacados de VOLTAIRE (*Oeuvres choisies*), por L. FLANDRIN.

de Lenclos enseñaría tal vez al joven Voltaire muchas cosas de cortesanía, pero seguramente que no le dió ni la más ligera idea de la psicología de las mujeres virtuosas de su época.

Voltaire estudió siete años con los jesuitas parisinos de St. Louis le Grand y aunque más tarde ridiculiza la educación que ellos le dieron, es claro que debió ser de gran utilidad para el desarrollo de su talento literario. Estos jesuitas se dedicaban con mucho empeño a la representación de obras dramáticas en latín y en francés, de manera que el futuro gran dramaturgo tuvo ocasión de formar su gusto por el teatro en este ambiente favorable. De este ambiente él dijo más tarde: «Je sortis de college avec du latin et des sottises» (Tallentyre «Life of Voltaire», Vol. 1. p. 6).

El acontecimiento de más importan-